

CLARA Y EL SÍNDROME: EL GESTO COMO ACONTECIMIENTO

por *Esteban Levin*

“(…) Un hombre no puede volver a ser niño sin volverse infantil. Pero, ¿no disfruta acaso de la ingenuidad de la infancia, y no debe aspirar a reproducir, en un nivel más elevado su verdad? ¿No revive en la naturaleza infantil el carácter propio de cada época en su verdad natural?”

Introducción general a la crítica de la economía política (1857) Karl Marx

Clara es una niña que tiene síndrome de Rett. Con sus 4 años no habla ni juega, tampoco hace gestos, mueve sus manos ansiosamente, ellas no paran de refregarse entre sí (recordemos que este signo corporal es propio de esta problemática). Respira por la boca, se sofoca, agita sus brazos, las manos no paran de moverse, a veces surge un ruido, más bien gutural que suele ser gritos, a veces parece que acompaña los movimientos y otras irrumpen sin previo aviso.

La agitación corporal sensorio-motriz no se detiene, la postura se tensa en el tono muscular, el eje corporal, axial se desvanece ante cada cambio postural, la vibración corporal se asemeja a un temblor constante.

En los momentos de cierta quietud, Clara está en alerta, aumenta la tensión, se torna rígida sin mirar al otro, llora, se crispa, grita o prepara la nueva postura para volver a agitarse y refregarse las manos.

Reproduce una y otra vez ese movimiento constante, inestable, sin pausa, irrefrenable. Frente a este despliegue corporal motriz, cenestésico, tónico, sin palabras ni gestualidad ni referencia al otro.

Frente a ese movimiento sensoriomotriz que abruma y desorienta.

Frente a esa angustia y sufrimiento encarnada en la sucesiva tensión del cuerpo y la motricidad.

¿Cómo establecer un encuentro, un diálogo, una relación posible con Clara?

¿De qué modo generar un gesto, una gestualidad referida al otro y al propio espejo como imagen corporal?

¿Es posible realizar una experiencia infantil, una escena que implique un escenario diferente?

Hace algunos años, en el libro *La clínica psicomotriz. El cuerpo en el lenguaje*, de Ediciones Nueva Visión, definimos el gesto como un movimiento dado a ver a un otro, una gestualidad que recorta la motricidad, que suspende el sentido para ser leída, no en forma unívoca o literal, como un signo o un significado adosado a un movimiento sino como un movimiento que al darse a ver a un otro se articula en una serie significativa, singular y única, que conforma la propia historicidad y afirma la imagen corporal.

En la actualidad, al retomar estos conceptos proponemos pensar al gesto en la infancia como una experiencia móvil que, al darse a ver a un otro, pone en escena y realiza un escenario en el cual está comprometido el aparato neuromotriz en la estructuración subjetiva y gestual, o sea, como un punto de encuentro entre el desarrollo y el sujeto. El cuerpo y el movimiento de los más pequeños se orientan y estructuran en función de la demanda y el deseo del Otro, el cual lee y anticipa de la pura motricidad la gestualidad naciente de un sujeto.

En el recién nacido, la realización del gesto como acontecimiento singular se articula con la plasticidad neuronal, la capacidad de realizar sinapsis y la plasticidad simbólica que abre las vías para que, por ejemplo los reflejos arcaicos, se transformen en gestos significantes, en respuestas tónico-motrices posturales al deseo del don y al don del deseo que anuda el funcionamiento de la función materna en el cuerpo, la postura y la motricidad del bebé.

Queremos hacer hincapié en el gesto como experiencia y acontecimiento que, claramente necesita del otro, para constituirse y ser leído como tal. Al mismo tiempo tiene que realizarse y necesita para ello del espacio y el tiempo donde se pone en juego la experiencia relacional y simbólica.

El gesto, en este sentido, es pensamiento. Un pensar plural que se inscribe en el aparato sensoriomotriz como huella del deseo y el amor del otro, a donarle al niño, no lo que se tiene (no es del orden del tener) sino lo que no se tiene, aquello que se constituye únicamente en la experiencia compartida como don de amor, de la herencia simbólica e histórica que lo ubica, lo orienta y lo constituye como sujeto, anclado a la existencia subjetiva y social.

Cuando Clara entra al consultorio llora, no para de llorar, su llanto conmueve e inunda todo el espacio, el tiempo parece detenerse, se eterniza en un llorar sin lágrimas, en una queja, un dolor ilimitado.

El llanto adquiere dimensiones que parecen catastróficas, no para de llorar. Otros pacientes que escuchan el llanto, se asustan, parece un grito afónico que ensordece. En esa intensidad que va acompañada de todos los movimientos descritos anteriormente (frotación de manos, babeo, hiperventilación, movimiento y balanceo sensoriomotriz, rigidez y tensión tónica).

Intento construir otra experiencia para relacionarme con ella. La llamo, le presento distintos objetos (globos, pelotas, muñecos, sonajeros, libritos) y lo único que logro es incrementar el llanto, la tensión y la crispación en todo el cuerpo.

Preocupado hablo con el abuelo, que es quien siempre lo trae. Le pregunto si durante el viaje hasta el consultorio también llora. Me responde: “No, ella no llora, mira la ventana, le pongo una música que la tranquiliza y está bien, pero cuando llegamos a la puerta del consultorio y la quiero bajar del auto se pone a llorar y no la puedo calmar, entonces llora y llora”.

Converso con el abuelo y decido que la próxima sesión la espero a Clara en la puerta y que cuando llegue, en vez de salir del auto se quede y en ese momento yo podría subir y estar con ella, juntos en el auto. De este modo, tal vez se podría evitar el desborde del llanto y la tensión que salir del auto le generaba.

La siguiente sesión hacemos lo acordado, al llegar el abuelo, se baja del auto y entro yo en su lugar. Clara no está llorando, escucha una música infantil, al mismo tiempo que toca una perilla del auto, la cual mueve el limpiaparabrisas que no para de moverse. La escena es la siguiente: Clara sentada en el asiento del acompañante mira el movimiento del limpiaparabrisas que se mueve automáticamente, de un lado al otro.

De fondo se escucha la melodía infantil. Clara no deja de mirar el movimiento del limpiaparabrisas, no me mira ni realiza ningún gesto. Comparto esa experiencia sin gestualidad por unos instantes hasta que decido tocar la perilla y se frena el movimiento del limpiaparabrisas, ella sin mirarme toca la perilla y continúa el movimiento.

Ante esta actitud empiezo a hablarle al movimiento del limpiaparabrisas, “hola, como se mueven, que rápido, cómo corren, hola, hola, pero pueden parar un poco...”. En ese momento toco la perilla y se para el movimiento y continúo: “Ahora sí, como están, me gusta mucho que bailen y se muevan al compás de la música, ¿pueden seguir ahora?...”

En ese momento, Clara que estaba mirando al frente, gira un poco el eje de su cuerpo y en esa postura me mira, detiene el movimiento de frotación de sus manos, inclina su cuerpo sin dejar de mirarme y toca suavemente mi mano. Al hacerlo, expreso: “Que lindos ojos, hola Clara”, su mirada refleja la mía, nos miramos y llevo la mano a tocar la perilla. Es un toque tejido en lo intocable.

El movimiento del limpiaparabrisas continúa su marcha, baila, corre, dialogo con ese movimiento y con Clara que por momentos comienza a mirarme. Toco la perilla, el movimiento se detiene, Clara me mira, hace el gesto, esboza un comienzo de sonrisa y volvemos a tocarla. Durante un tiempo, intenso en cuanto a la dramaticidad y el afecto que circula compartimos esa experiencia en la cual prima un gesto como realización escénica y acontecimiento. De allí en más y por unos meses el automóvil fue el escenario donde la escena se pudo ir desplegando. Aquél primer gesto inauguró una demanda que se fue articulando con otros gestos en una relación transferencial, a partir de la cual Clara comenzó a demandar, desear y crear una experiencia diferente.

En la infancia el pensamiento no preexiste al acontecimiento. Se trata del orden del acontecer. El niño no puede saber cual es la experiencia infantil que tiene que realizar. Este saber se substrahe en la gestualidad, reviste el enigma fundamental del desconocimiento y el no saber. El niño no sabe que va a experimentar, más bien se lanza, por ejemplo a jugar, sin saber a qué va a jugar o empieza a garabatear sin saber expresamente que va a realizar. Es el desconocimiento el que causa el deseo y la demanda de conocer con el otro.

La experiencia corporal del niño simboliza la espacialidad y la temporalidad del pensamiento, vibra con él y perdura como acontecimiento, como inscripción que no se puede anticipar. El gesto como acontecimiento tiene un lugar, un sitio y tiene que realizarse, para ello la palabra sola no basta, hace falta el cuerpo de la experiencia infantil que lo coloca en escena.

Aquél primer gesto de Clara fue la primera vez que apareció, pero eso primera vez fue la última vez que fue la primera. Esto quiere decir que se inscribió como huella de un encuentro significativo, aquél que dejó su marca en el devenir de un gesto como acontecimiento e indudablemente como pensamiento.

Lic. Esteban Levin

Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).